



HORACIO MARTÍN RODIO



EL IMPERIO DEL SOL  
DE MEDIODÍA



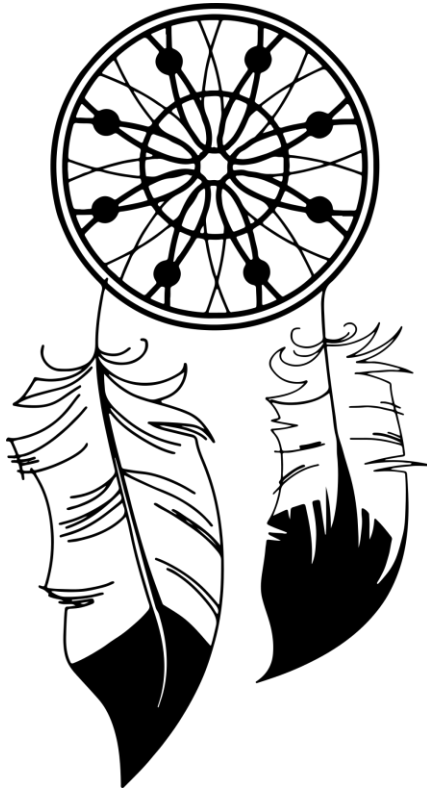
Kercentral  
Magazine







HORACIO MARTÍN RODIO



EL IMPERIO DEL SOL  
DE MEDIODÍA



**El imperio del sol de mediodía**

© Horacio Martín Rodio, 2024

ISBN: 9798329113105

Kercentral Magazine - Editorial. Colección Historia novelada.

Principado de Asturias, España.

[info@kercentralmagazine.org](mailto:info@kercentralmagazine.org)

Diseño y diagramación: Kercentral Magazine

Revisión del texto: Liliana Montejo Blanco

Todos los derechos reservados

*A Beatriz Milagros García Sanabria*

*Por eso he olvidado todo lo pasado. No temo a la muerte. Soy un dios. Pero también soy un hombre. A veces soy un hombre, hermano. Pero no se lo diga a nadie. No se lo diga a nadie.*

*¡Qué lástima que yo no tenga una casa!  
Una casa solariega y blasonada, una casa en que guardara a más de otras cosas raras un sillón viejo de cuero, una mesa apolillada y el retrato de un abuelo que ganara una batalla.*

*¡Qué lástima que yo no tenga un abuelo que ganara una batalla, retratado con una mano cruzada en el pecho y la otra en el puño de la espada! ¡Qué lástima que yo no tenga siquiera una espada!*

# **Contenido**

- Introducción (9)**
- 1 Cuando yo era un hombre (11)**
- 2 Las llaves (19)**
- 3 Masallé (33)**
- 4 El embajador (39)**
- 5 El muerto (45)**
- 6 El chuzazo (Millaray) (53)**
- 7 Los zorros (63)**
- 8 La herencia envenenada (73)**
- 9 El soñador (77)**
- 10 La amistad de los reyes (85)**
- 11 Un ranquel (93)**
- 12 Dos zorros (103)**



- 13 Manuel Baigorria (109)**
- 14 Palabras de piedra (119)**
- 15 Amuillang (La Bellaca. 1873) (129)**
- 16 Gününa-Ken (Tehuelche) (147)**
- 17 El rencoroso adiós (161)**
- 18 La sucesión (173)**
- 19 Manuel Namún-Kurá (Talón de piedra) (183)**
- 20 El lirio de las Pampas (191)**
- 21 Vicente Pincén (199)**
- 22 La paz te será dada (207)**
- 23 La raza (217)**
- 24 Aún recuerdo (229)**
- 25 La cautiva (235)**
- 26 Epílogo (241)**
- Apéndice (247)**
- Biografía (261)**

## Introducción

*¿Y la suerte corrida por los indígenas a manos de quienes nos quedamos?*

Toda verdad histórica es una construcción de los vencedores y tiene una justificación que siempre encubre y trastoca el sentido de alguna lucha, en especial las razones del vencido, a su vez, vaciado de sentido. Hasta el punto de despojar de humanidad al adversario y reducirlo a la animalidad primitiva, mientras viste de gala, heroísmo e ideales de patria las oscuridades y crímenes del bando que ha vencido.

Como muy bien se defienden los españoles, las consecuencias de la conquista de América no es culpa de ellos sino de *nuestros antepasados*, que se quedaron acá, nosotros sabemos bien que no es del todo así.

Esta novela narra la historia ocurrida con los pueblos originarios a manos de los que nos quedamos, cuando ya los españoles no estaban, los llamados criollos o mestizos. No viene a narrar el padecimiento de civilizaciones “avanzadas” como los aztecas, los mayas o los incas, sino del despojo de la tierra sufrido por los pueblos primitivos de la llanura pampeana y la actual Patagonia argentina y chilena. Tribus que practicaban la agricultura y la cría de ganado en escala familiar, eran cazadores y recolectores, buenos orfebres y tejedores, tenían su cosmogonía, sus mitos fundantes y sus dioses. Pero se convirtieron en guerreros temibles atravesados por el complejo ecuestre, merced a los caballos

y las yeguas traídos y abandonados por las distintas corrientes fundadoras. Los caballos, un arma formidable en su lucha con los cristianos, considerados por ellos invasores de la tierra.

Tribus que, en ese entonces, estaban en un estado que quedaba a mitad de camino de todo, habían adquirido la crueldad del blanco sin entender del todo las reglas para ejercerla, es decir, vivían un despertar a los excesos y la iniciación de la violencia sin límites ni fin constructivo que intente justificarla. Y que fuera sostenible en el tiempo, un fin que, por el contrario, los cristianos tenían muy claro. Nadie era consciente del escarmiento y despojo definitivo, como los chicos varones cuando, liberados de la custodia de sus padres, se dan a los excesos, temeridades y atropellos a la hora de la siesta.

*En Buenos Aires, a octubre de 2023*

# Capítulo 1

## Cuando yo era un hombre

*Conversaciones con Dios*



Cuando yo era un hombre soportaba trabajos y angustias de hombre; entonces, como todos, temía el dudoso poder de los dioses. Pero pronto caí en la cuenta de que ahí no estaba el negocio, y yo nunca he sido uno más en el montón.

A mí no me asustan las reprobaciones de uno o de muchos dioses, ni las amenazas de uno o de muchos hombres,

ni las promesas de acciones que me habrán de remediar. Yo sé lo que cuesta cortar la vida de un solo hombre, lo difícil que es encarar esa tarea, lo seguro que hay que estar; sobre todo si uno avisa, como suelen avisarme los torpes que me quieren matar. Yo solo temo las cosas que no puedo manejar: el rayo, el viento, el fuego, la lluvia y el frío. Conmigo no pueden el hambre, la peste, la derrota, ni la muerte. Esas son cosas que les ocurren a los demás, a los pobres hombres que les temen a los dioses.

Ese es mi reino, el temor de los hombres, gobierno el reino de la voluntad.

He dejado de ser un hombre. Sé bien que no hay dioses que contenten a todos, por eso la mitad de los habitantes de la Pampa me detesta; pero la otra mitad me respeta, eso es lo que cuenta, hermano.

Cuando todos los hombres sienten que la vida se empieza a escapar de sus cuerpos, cuando se vuelven mansos, sobones y sabihondos, cuando empiezan a depender de los humores ajenos, a esa edad, yo empecé a segar vidas como si fueran nada.

Cuando todos los hombres empiezan a temer a la bruja que tienen al lado, escuchándola, obedeciéndola, asustados de la energía maligna de las viejas, yo empecé a tener mujeres como si fueran caballos, hembras jóvenes, dulces, suaves y desprevenidas. Lo mejor de tener una mujer al lado es olvidarse hasta del nombre.

Cuando todos los hombres empiezan a elegir el hijo que habrá de heredar sus pobres pilchas, yo arranqué nuevamente a engendrarlos, con furia e indiferencia, como si quisiera que todos los hijos de la Pampa llevaran mi sangre. A

la Pampa misma preñaría si encontrara por dónde. Son muchos mis hijos, los elevo o los humillo a mi antojo. A su turno, cada uno de ellos se ha creído el elegido, todos han disfrutado su momento de esplendor. Ese bello momento de la juventud en el que los hombres brillan, cuando se sienten fuertes, invencibles e inmortales. Y los he dejado hacer, a veces es un buen espectáculo la vanidad de un guerrero, pero solo hasta que se equivocan, como se equivocan todos los hombres cuando quieren agradar a otro.

Algunos de ellos ya tienen la edad que tenía yo cuando decidí que era mejor empezar a ser un dios. Pero están incompletos, son fragmentos del hombre que yo era a sus años. Uno de ellos tiene la astucia, el otro la crueldad, ninguno la rebeldía para vencer al destino ni el talento para crear un reino. Porque mi reino es algo que a veces no se ve. Siempre aparece uno dispuesto a creer que ha de heredar el viento. Y los hermanos más jóvenes lo odian y le temen, suelo alentar ese odio y ese temor. Los más viejos solo esperan, saben que el hombre termina quemándose en su propio fuego; pero solo hasta ahí les da el entendimiento, ninguno ve más allá. Solo dos han escapado a este molde, ellos admiten que se puede vivir mejor al amparo de mi sombra que a las inclemencias de la incertidumbre.

Cuando todos los hombres empiezan a guardar minucias y charamuscas, pensando en la inseguridad de sus piernas y en el temblor de su pulso, yo lo he entregado todo, hasta el último cobre, nada he conservado que otros no puedan tener. De nada me luzco que otros no sientan agrado de verme lucir. Solo me he reservado lo más importante, lo único valioso, el alcohol más fuerte: el poder.

Solo hay uno como yo.

Un temor se ahuyenta con otro más grande y los dos, con un culpable. La derrota es algo que no debe ocurrir, quien acepta la derrota acepta la desgracia y entrega su destino a manos ajenas. Usted sabe, hermano, nadie será nunca generoso manejando nuestras vidas.

Para evitar la derrota, uno debe saber elegir las batallas, la astucia más alta es poder elegir el enemigo. Animarse a la batalla es la primera victoria. Pero a la victoria, pobre o grande, hay que saber vestirla, para bien lucirla, para ordeñarla. Una victoria trae otra victoria y juntas, la bonanza. La vida es guerra desde el nacimiento.

La paz solo ocurre cuando lo que hay alcanza para todos, pero para que eso sea así todos debiéramos desear las mismas cosas y en la misma medida. Usted sabe, hermano, que eso es imposible.

Me dan risa mis enemigos cuando me hablan de paz mirándome a los ojos. Sé que no tienen nada con qué amenazarme, sé bien que si pudieran me dejarían desnudo a la intemperie. Nunca haré un trato que no me beneficie mientras el más fuerte sea yo. Con los míos suelo ser generoso, no me gusta tener aliados contrariados, recelo mucho de las miradas sucias de resentimiento o temor. Un corazón agradecido nunca debe temer a Dios.

Dios siempre estará del lado de los que saben guardar el respeto y las formas del respeto.

Por eso un día dejé de ser un hombre. Porque los hombres temen. Y yo sé cómo ahuyentar sus temores.

Porque los hombres dudan, y yo sé darles todas las certezas.

Porque los hombres tienen hambre, y yo sé cómo alimentarlos.

Porque los hombres tienen frío, y yo sé cómo calentarlos.

Porque los hombres tienen sed, y yo sé dónde está toda el agua.

Porque necesitan sal, y yo soy el dueño de toda la sal.

Porque temen a la muerte, pero saben que yo los haré inmortales. Porque temen a la vida se embriagan con alcohol. Pero saben que no hay alcohol como la sangre del enemigo.

El hombre siempre necesita un enemigo para ser digno de Dios. El hombre solo se luce como tal en la guerra.

En la paz solo medran las hembras, ese es su reino miserable. Por eso un día decidí dejar de ser un hombre y me convertí en dios.

Solo una queja tengo de esta suerte. Ser Calfú-Kurá es solitario. Cuando siento mi cuerpo endurecido por los años, como una crencha embrutecida de abrojos, pienso si no hubiera sido más fácil conformarme con ser rey. Pero reyes hay muchos. Por eso lo invoco, hermano, yo también necesito hablar con un igual.

Usted sabe, los antiguos no tenían maldad, el hombre no mataba al hombre. Había abundancia antes, las lunas eran todas iguales, no sentíamos frío ni calor. Algo que hicieron los antiguos lo enojó a usted, entonces dejamos de ser todos iguales. ¿Usted qué piensa, hermano? Dígame qué piensa.

Unos fueron capaces, otros, no. Entonces ya estuvo para siempre entre nosotros la maldad, con muchas formas invi-



sibles.

Hubo entre nosotros diestros e inútiles, solidarios y egoístas, generosos y mezquinos, vivos e idiotas, piadosos y crueles, valientes y cobardes. Encima los hombres mutan, no son siempre iguales los hombres, hermano. Así también cambia y crece la maldad. Creció tanto la maldad que acabaron matándose entre hermanos.

Con las almas de esos muertos usted hizo los pájaros y con las almas de los que se negaron a comer sangrando hizo los árboles; pero teníamos hambre y entonces nos comimos los pájaros. Y después tuvimos frío, terminamos quemando los árboles.

Es inútil buscar, hermano, jamás volveremos a encontrar el camino de regreso. Es inútil buscar. Toquinche, enojado, cortó la senda de piedra que llevaba al cielo. Y aquí quedamos los hombres y yo.

Nuestras armas siempre fueron ingenuas. El blanco nos supera largamente en maldad. La vida es dura, hermano, la vida es dura.

¿Por qué he vivido tanto si estoy equivocado?

Yo, Calfú-Kurá, que he renunciado a la paz y al favor del Huenu-Chao, ¿por qué he vivido tanto? Si estoy equivocado como dicen todos, ¿por qué he vivido tanto?

Yo me hice el hombre que los tiempos mandaban. No era mi destino vivir acorralado en los faldeos del Llalma. Yo soy y seré siempre el primero de mi raza. Mi raza es de aquellos que no temen vivir. La muerte ya no podrá conmigo, hermano. Solo con mi cuerpo, tal vez.

Por eso he olvidado todo lo pasado. No temo a la muerte. Soy un dios. Pero también soy un hombre. A veces soy

un hombre, hermano. Pero no se lo diga a nadie. No se lo diga a nadie.

La chusma es débil. ¿Qué sería de nosotros sin la ingenua, cobarde e inmundada chusma? ¿Qué sería de nosotros, hermano Nguenechén? El hombre mata al hombre porque puede matarlo. ¿Usted qué piensa?

Dígame qué piensa, hermano. Si no pudiera no lo haría. Volaría si pudiera el hombre. Pero no puede, entonces no vuela.

Así es como lo digo. Como yo lo digo, es. Yo, Calfú-Kurá, que soy un hombre a veces. Pero como usted, hermano, también soy un dios.



## **Horacio Martín Rodio, el autor**

Llavallol, Buenos Aires, Argentina (1954). Es autor de los libros *Palabras de piedra* (1999), *Media baja* (2012), *La insistencia de la desdicha* (2018) y *Ausencia y error* (2023).

1° premio J. L. Borges Ciberboock. Argentina 1996; 1° Premio Cuentos Suburbanos Ediciones Baobab. Argentina. 1997; 2° Premio Cuento “Traspasando fronteras”. Universidad de Almería. España. 2007; 1° Premio Cuento “Traspasando fronteras” Universidad de Almería España 2009; Accésit Cuento. La lectora impaciente. España 2009; 1° Premio Cuento Ciudad de Lobos. Argentina. 2010; Accésit Certamen Internacional de Relato “La lectora Impaciente” España 2011. 1° Premio Cuento El Zorzal. Argentina. 2012; 1° Cuento Mario Nestoroff. Chaco. Argentina. 2013; 1° Premio Cuento EDEA. Avellaneda. Argentina. 2013; 1° Premio Cuento “Villa de Erretereria” España. 2013; 1° Premio Cuento Ciudad de Azul. Argentina 2013.

Segundo Premio Municipal CABA Eduardo Mallea. Argentina. Bienio 2011/2013; 1° Premio Cuento Floreal Gorini, Centro Cultural de la Cooperación. Argentina. 2015; Mención Cuento Premio Julio Cortázar La Habana. Cuba. 2015; 3° Premio Cuento Bonaventuriano Universidad de Cali. Colombia. 2016; 1° Premio Cuento Ciudad de Pupiales. Fundación Gabriel García Márquez. Nariño. Colombia. 2021; 1° Premio Poesía Ciudad de Azul Argentina 2015; 2° Premio Poesía Alejandra Pizarnik. Santa Fe. Argentina. 2017; 3° Premio Poesía Centro Cultural Kemkem. Necochea. Argentina 2018; 2° Premio Poesía. Adolfo Bioy Ca-

sares. Las Flores. Argentina. 2020; 1° Premio Poesía.  
Adolfo Bioy Casares. Las Flores. Argentina. 2021; Única  
Mención IV Premio de Novela Héctor Rojas Herazo. Co-  
lombia. 2020.

Kercentral Magazine - Editorial incluye esta impactante y épica historia en su Colección Historia novelada, siempre con el afán de arrojar luz sobre un momento prácticamente desconocido para el público, a saber, la suerte corrida por los pueblos originarios americanos una vez terminan las revoluciones de independencia, en este caso el gran drama vivido por los pueblos que habitaran la llanura pampeana y la actual Patagonia argentina y chilena.

Un sincero agradecimiento de este equipo editorial para Horacio Martín Rodio, el autor, por su extraordinario talento y labor investigativa.





**Kercentral  
Magazine**